

De memoria

Melancolía auestas

Sealtiel Alatríste

8 de diciembre de 1980: John Lennon
muere asesinado a la entrada del edificio
donde vivía en Nueva York.

Al mediar la década de los sesenta, Roberto Parker, un vecino de la calle Amores, me enseñó el primer álbum de Los Beatles. Se veía sólo la mitad de la cara de los miembros del famoso cuarteto de Liverpool. “Mira lo que conseguí”, dijo muy orondo. “¿Quiénes son?”, pregunté desconcertado. “Cómo serás güey”, contestó, “son Los Beatles. ¿Qué no te has enterado?”. La verdad, no me había enterado de nada pero no se lo dije. “Ven a mi casa”, agregó. Cuando llegamos puso el disco y empezaron a sonar los acordes con que mi generación iba a nacer. Hasta entonces —Roberto, yo, y casi todos los muchachos de la palomilla— habíamos sido simple y llanamente adolescentes, pero gracias a la magia de Los Beatles tendríamos (como nuestros hermanos mayores que nos presumían su *rock and roll*) melodías que marcarían nuestro ingreso al mundo. *She loves you, yeah, yeah, yeah. She loves you, yeah, yeah, yeah.* No sonaba muy original que digamos, pero como canto de batalla no estaba mal.

Al poco tiempo me enteré que un grupo de jovencitos nacidos en la lejana Liverpool ocupaba los primeros lugares del *Hit Parade*. Hacía unos meses eran unos ilustres desconocidos, pero desde su primer single: *Love me do*, estaban transformando (y para algunos adultos, trastornando) el gusto musical de centenares de jóvenes en el mundo. Una de esas noches, en el televisor vi lo que ahora son imágenes históricas: John Lennon, Paul McCartney, George Harrison y Ringo Star, corrían perseguidos por miles de fanáticas que querían arrancarles un mechón de sus lar-

gas cabelleras. La década de los sesenta alcanzaba su cenit y durante los siguientes años viviríamos inmersos en un éxtasis libertario que cortaría de tajo el 2 de octubre del 68. Me acuerdo que en las fiestas las muchachas confesaban a quién preferían de Los Beatles y uno podía descubrir cómo eran: si le gustaba John era intelectualona; si elegía a Paul, era más bien frívola; las que preferían a George le entraban a la onda mística, y las que se lanzaban por Ringo andaban de plano en la loca. Esta clasificación estaba destinada a tener un efecto devastador en mi vida, pues me enamoré de una muchacha que perdía el seso por Harrison. Mi vida hubiera sido de lo más normal si me hubiera dicho que le encantaba Lennon. Yo había traducido tres poemas de John que estaba dispuesto a hacer pasar como míos con tal de que la interfecta se rindiera a mis encantos. “¿Y por qué George?”, le pregunté. “Es que es, no sé, tan... ¿cómo te diré?, tan... tan... ¡ya sé, melancólico!” La debí haber mandado a volar porque el neologismo melancólico era de muy mal gusto, pero tocó una cuerda desconocida en mí.

La verdad es que John Lennon era el hombre del cuarteto, y a quien queríamos imitar porque nos parecía de un romanticismo hecho a la medida. Había nacido el 9 de octubre del 40. Su madre, Julia Stanley, le puso Winston en homenaje a Churchill. Su padre, Fred Lennon, fue un desertor en la Segunda Guerra Mundial y escapó como tripulante de un barco al norte de África. Al llegar a su destino, fue hecho preso. Su madre se unió a otro hombre, John Dykins, y dejó a John al cuidado de su hermana Mary Stanley, más conocida como la tía Mimi. En el 46 su padre regresó y se llevó a John a Blackpool. Julia lo buscó y lo obligó a

elegir con quién quedarse. John eligió a su madre, regresaron a Liverpool y lo volvió a dejar en la casa de su tía Mimi. Para fortuna del muchacho, su tía consiguió una recomendación para que entrara en el Colegio de Arte de Liverpool donde en 1956 un amigo le hizo escuchar *Heartbreak hotel* de Elvis Presley. Compró una guitarra de segunda mano y, el 6 de julio de 1957, mientras participaba en un recital en los jardines de la iglesia Woolton Parich, conoció a Paul McCartney. Juntos interpretaron por primera vez *Twenty Flight Rock* y *Be Bop-a-Lula*. La leyenda estaba servida.

John Lennon llenó grandes espacios de mi juventud, me nutrió de metáforas, de emociones, de ideales. Podría decir que al tiempo que las melodías de los Beatles se iban sofisticando, mi juventud también se fue sofisticando. Cuando hace poco leí *Tokio Blues*, la excelente novela de Haruki Murakami, supe que no sólo me había pasado a mí, sino que un adolescente en el Japón del medio siglo también nutría su vida sentimental al ritmo de *Norwegian Wood*, y que escuchar el solo de guitarra de esa pieza le bastaba para que evocara los amores que lo habían cautivado.

Peró como decía mi abuela, todo por servir se acaba, y ahora sé que todo empezó a cambiar el 9 de noviembre del 66, cuando John recibió una invitación de un grupo de artistas denominados “Simposio de la destrucción del arte”, para ver a una artista japonesa que realizaba una exposición en Londres. Una de las obras de arte que presentaba se titulaba *Martillo y clavo*. John pidió introducir un clavo para colgarlo, la artista dijo que no, el dueño de la galería le dijo que era Lennon, pero ella no tenía la menor idea de quién se trataba. Su nombre era Yoko Ono y empezarían a salir juntos un



año y medio más tarde. En febrero del año siguiente se editó un simple con *Strawberry Fields Forever* y *Penny Lane*. El tratamiento era muy innovador pero por primera vez desde 1964, Los Beatles lanzaban un disco que no ocupaba un puesto relevante.

El final de la historia se desató en noviembre del 71, cuando aparece *Imagine*, de la que Lennon dijo: “En realidad tendría que acreditarse como una canción Lennon / Ono”. La melodía se convirtió en el himno generacional de los setenta y fue la más laureada y conocida de Lennon. Al año siguiente, John y Yoko se separaron, y fue

hasta noviembre, cuando John se presentó junto a Elton John en el Madison Square Garden, que se reconciliaron. Entre los asistentes se encontraba Yoko, se acercó a la salida del recital y volvió a conquistar al ex Beatle con una caída de sus ojos alargados.

John y Yoko consiguieron tener un hijo tras varios abortos espontáneos: Sean Ono Lennon. Vivieron en Nueva York y compraron terrenos para criar vacas de la raza Holstein. John se dedicó a criar a su hijo como no había podido hacerlo con el hijo de su primer matrimonio, Julian. En un ambiente de tranquilidad y fiesta, el 21 de

noviembre de 1980 se publicó en todo el mundo *Double Fantasy*, con siete canciones de John y siete de Yoko. El tema principal fue *Woman* que rápidamente se convirtió en un éxito. A primeras horas de la tarde del 8 de diciembre, John y Yoko salieron de Dakota House hacia los estudios de grabación donde preparaban un nuevo disco. Como en muchas otras ocasiones, se encontraron con aficionados que intentaban conseguir un autógrafo. Entre ellos se encontraba Mark David Chapman. Cuando John y Yoko volvieron del estudio, a eso de las once de la noche, Chapman abordó nuevamente a la pareja y descargó cinco disparos sobre el cuerpo de John. Las últimas palabras pronunciadas por Lennon fueron “¡Me han disparado, me han disparado!”. Cuando era trasladado al hospital Roosevelt, un agente le preguntó si era John Lennon, éste respondió con un escueto “Yeah”. Su grito de guerra fue también su despedida del mundo.

Cuando me enteré de su muerte recordé que en la universidad me había ligado a una compañera a la que mis poemas (plagiados de los de John Lennon) le parecieron de lo más profundo. Me sentí liberado de la carga de la melancolía que me había impuesto aquel pérfido amor que prefería a Harrison. Para entonces el *she loves you yeah, yeah, yeah* había sido sustituido por el *all you need is love, love...* y para curar mi creciente melancolía me decía que todo lo que necesitaba era amor y sanseacabó, pero al escuchar la radio supe la verdad: la imagen de Lennon, balaceado por la espalda a la entrada de su casa, había herido de muerte mi lejana juventud y mi generación llevaría por siempre la melancolía a cuestas. **U**

La verdad es que John Lennon era el hombre del cuarteto y a quien queríamos imitar porque nos parecía de un romanticismo hecho a la medida.